

mente á Carlos, por quien habia sabido hasta los menores detalles; pues temiendo por mi suerte indagó por cuantos medios tuvo á mano lo que en mi casa habia ocurrido la noche del desenlace fatal, y á fuerza de inquirir supo que yo estaba en cama y que los médicos creian en peligro mi vida. Entonces fué cuando Carlos y su madre resolvieron espontanearse con la familia de Natalia y valerse de esta última para ponernos en comunicacion, sabiendo la amistad íntima que tiene conmigo.

Carlos habia participado su plan á un juez jubilado, amistad antigua de la familia, con quien habia contado para prevenir la participacion que la autoridad judicial debia tener en el asunto si la fuga no se hubiese frustrado. Él y un condiscípulo de Carlos fueron pues las únicas personas que acompañaron á este y á su madre aquella noche.

Carlos y su amigo se adelantaron á pié para llegar al callejon de mi casa antes de la hora prefijada y observar cualquiera señal que yo hiciese ó prevenir cualquier accidente que pudiera surgir. Así fué como pudieron ser observados por Alberto, que estaba de parada con su amigo, despues de haber acompañado á mi madre hasta una habitacion de los bajos, donde quedó de escucha para sorprenderme. Pocos minutos despues llegó el coche cerrado, que Alberto creyó vacío, y que fué á pararse á unos veinte pasos de distancia. El amigo de Carlos le dejó entonces solo debajo de mi ventana y subió al coche.

En esta situacion se hallaban cuando sorprendida por mi madre lancé un grito de terror á cuatro pasos de distancia de Carlos; este hizo al oirlo un movimiento brusco, en el mismo vano de la puerta de enfrente donde se hallaba apoyado; y entonces fué cuando desde la esquina, que estaba al lado opuesto del en que se habia colocado el coche, Alberto ó su acompañante dispararon el arma homicida. El primer movimiento de aquellos dos hombres al ver que habian errado el golpe fué con intento de arremeter á Carlos; pero como en un instante vieron bajar del coche tres personas, esto es, el anciano juez, el amigo de Carlos y el conductor, y oyeron los gritos que desde el coche lanzaba la madre de Carlos, volvieron la espalda y huyeron á todo correr en direccion opuesta, perdiéndose de vista al instante y quedando la calle en la soledad más sombría.

Repuestos de la sorpresa pudieron medir entonces, los que estaban detenidos al pié de mi casa, la gravedad de su situacion y de la mía. El primer impulso de Carlos fué llamar á la autoridad judicial y entrar en mi casa para libertarme; pero su anciano amigo, que á la prudencia propia de su edad reunia la esperiencia de una larga carrera judi-